y á los pocos días totalmente curada. El Corazón ternísimo de la Reina de los cielos, que tan copiosamente experimentó las dulzuras de su divina maternidad en la resurrección de su amantísimo Hijo Jesús, dió á gustar á esta buena madre parte de ella en la curación prodigiosa de la hija que poco antes daba ya por muerta. En acción de gracias hizo celebrar la agradecida señora una solemne fiesta al Corazón compasivo de María y publicar esta gracia en *El Iris de Paz.*

CAPÍTULO III

EL CORAZÓN DE MARÍA RELACIONADO CON EL ORDEN DE LA GRACIA

SUMARIO: La maternidad humana del Corazón de María, consecuencia de su divina maternidad. — El Corazón de María cooperó con sus dolores á nuestra Redención. — El Corazón de María principio de nuestra adopción, como hijos suyos.

HEMOS visto ya al Corazón de María relacionado con el orden natural, representando la vida y movimiento que anima el universo y siendo el más bello tipo del centro motor de este pequeño mundo, el hombre, conforme al cual fué constituído el primer móvil de los cielos, que sostiene y da vivaz impulso á todas las partes del mundo mayor. Lo hemos visto igualmente levantarse á la altura incomprensible de la Divinidad, y con un suspiro amoroso y algunas gotas de sangre, animadas y rejuvenecidas por ardientes y harmónicas palpitaciones, arrancar al Hijo Eterno del seno del Padre, vistiéndole de naturaleza mortal y pasible.

Elevado en el orden hipostático á la maternidad divina, nada extraño era, antes muy natural y conforme, que fuese sublimado en el orden de la gracia á la maternidad universal del humano linaje. Así que esta general adopción, que honra tanto nuestra naturaleza haciéndonos hijos de su Corazón de Madre divina, nos está llamando como natural complemento de sus relaciones de Madre.

Pero antes falta dar rapidísima ojeada á la principal consecuencia que en el orden de la gracia deriva de ser su Corazón primer fundamento de la maternidad divina. Esta consecuencia fundamental es ser su Corazón el principio de nuestra salud, la causa primera en orden de tiempo, por la que empezó nuestra reparación, la aurora feliz, como á coro llaman á María los Santos Padres, por donde amaneció á los mortales la Luz increada, comenzando desde entonces á disipar las densas tinieblas de tantos siglos.

No fué María tan sólo un ciego instrumento de la Providencia de Dios para darnos al Reparador del mundo, ni es debido únicamente su apreciable título de Corredentora á los padecimientos y dolores que sufrió por nuestro remedio al pie de la cruz, aceptándolos Dios, como por abundancia, para hacernos por ella más largas mercedes; su cualidad de cooperadora de nuestra Redención está ingénita, oculta y substancialmente unida al modo singular con que fue Madre de Dios, según los actuales decretos de la divina Providencia.

María fué libremente Madre de Dios, y ella sola

según la eterna predestinación, podía ser esta Madre bienaventurada. El embajador del cielo indaga su voluntad para la grande obra de la Encarnación, y pide su consentimiento. María es libre: puede en un instante hacer bajar del empíreo á nuestro Libertador, ó dejar á los hombres para siempre aherrojados en las cárceles del infierno, arrastrando cadenas sempiternas; puede con su palabra restablecer la harmonía general de la creación, ó dejar al universo mundo envuelto en perpetua confusión y disonancia; nuestra salvación, la completa alegría de los ángeles, la hermosura y brillo de la naturaleza entera están en manos de María. Por esto San Bernardo, con ternísimo acento, se dirige á esta Señora, presentando todas las criaturas como arrodilladas á sus pies pidiendo su consentimiento, y á toda la naturaleza en expectación y actitud suplicante.

"Has oído, —dice, —que concebirás y darás á luz un Hijo, no por virtud del hombre, sino por virtud del Espíritu Santo. Espera el ángel tu respuesta, pues ya es tiempo de que se vuelva al que le envió. También nosotros, Señora, sobre quienes miserablemente pesa la sentencia de condenación, esperamos vuestra palabra compasiva. Esto os pide con lágrimas, ¡ oh piadosa Virgen María !, Adán y toda su infortunada descendencia; esto anhelan ardientemente Abraham, David y los demás santos; esto espera de Vos el universo mundo. Y no sin razón, porque de vuestros labios está colgado el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los

condenados y la salvación de todo el linaje humano. Apresuraos, ¡ oh Virgen !, á dar vuestra respuesta. Pronunciad, Señora, la palabra que aguardan la tierra, los cielos y los abismos. El mismo Rey y Señor de todas las cosas desea vuestra respuesta con la misma vehemencia con que codició vuestra hermosura. Decid una palabra y recibid otra, proferid la vuestra y tomad la divina, emitid la que es fugaz y pasajera y abrazaos con la eterna. ¿ Por qué tardáis? ¿ Por qué titubeáis? Creed, confesad y recibid. Abrid, ¡ oh Virgen bienaventurada !, vuestro Corazón á la fe, vuestros labios á la confesión y vuestras entrañas al Criador. He aquí que el Deseado de todas las gentes está afuera y llama á la puerta; levantaos, corred, abrid. Levantaos por medio de la fe, corred por medio de la devoción y abrid por la confesión... *He aquí,* — responde, —*la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (1). „

¿ Quién no ve claramente en estas palabras cuán íntima, cuán inseparable es en María la cualidad de Madre de Dios del título de Corredentora del género humano? Porque si de dar su consentimiento á la divina maternidad dependía nuestra redención, debe haber verdadera relación de causalidad entre María y la obra de la Redención. Esta relación fué doble en su aspecto. Fué primeramente física en cuanto concibió al divino Redentor, y en este sentido su dignidad de Corredentora recae, en primer término, sobre su purísimo Corazón, como base que es y principal fundamento de su divina maternidad; fué moral aunque por modo milagroso, en cuanto por disposición divina dependió de su libre albedrío el que se llevara ó no á cabo la obra de nuestra redención, y en este concepto su Corazón por el amor y la fe, ó sea por su maternidad espiritual, fué, según San Agustín (1), San Bernardo (2) y Ricardo de San Víctor (3), causa de este moral influjo en nuestra salvación. Y si bien es cierto que no fué causa meritoria principal de la misma, pues para esto fuera necesario ser Dios y hombre juntamente, fué, no obstante, causa instrumental, moral y física del modo que queda dicho.

(1) Del texto latino, por ser demasiado largo, sólo pondré las palabras que se refieren á su Corazón: *Aperi, beata Virgo, Cor fidei, labia confessioni, viscera Creatori.* Lo demás del texto puede verse en el serm. 4 super *Missus est*, y también citado por Santo Tomás en el opúsculo 60, *De humanitate J. C. Domini nostri*, art. 1.°

***

Otro título hay muy poderoso, por el cual es, en gran parte, debida á su ternísimo Corazón nuestra redención, es á saber: María, compadeciéndose de los hombres, dió su consentimiento á la muerte de su divino Hijo, y padeciendo en su Corazón de Madre los tormentos que Jesucristo padecía en su propio cuerpo, consumó juntamente con Él un mismo sacri-

(1) Célebres son las palabras de San Agustín explicando la doble maternidad. *Materna propinquitas nihil Mariae profuisset, nisi felicius Corde Christum quam carne gestasset.*
(2) Véase la nota anterior de San Bernardo.
(3) Véase el capítulo anterior.

ficio, aquel mismo por el cual se firmaron perpetuamente las paces entre el cielo y la tierra.

El dolor, el sacrificio era la nueva ley dictada por Dios para la rehabilitación del género humano. De esta ley, base del Nuevo Testamento, no podía eximirse María, porque había de rubricar con la sangre de su Corazón, con el sacrificio del amor materno, la eterna Alianza sellada con la sangre de su divino Hijo. La fibra más delicada, la parte más sensible de su ser, su amoroso Hijo, que vivía allá en lo más escondido de su maternal Corazón, dándole vida y dirigiendo todos sus latidos, había de ser inmolado en quel secreto altar, en aquel interno santuario, viva imagen de la augusta Víctima destinada al sacrificio.

¿Quién no sabe que la vida del corazón es el amor? Y ¿dónde sino en el corazón se dibuja con verdadera vida el objeto amado? El corazón que ama no reresenta el objeto con los colores muertos de la fantasía, no se trazan allí líneas extrañas ni figuras advenedizas; el mismo corazón que ama, la misma facultad amante se amolda á los rasgos, á los perfiles y á toda la fisonomía del amado, con tan excelente perfección que tiende á él como la potencia á su acto propio, como los seres á su natural perfección y complemento, y como á la parte más noble y digna de su naturaleza. De esta unidad, de esta proporción y harmonía entre el objeto amado y el corazón que ama, procede que el corazón padezca las mismas inmutaciones del objeto; de suerte que si éste se alegra, aquél también se alegre y se dilate; y si éste padece,

aquél también padezca en su vida intima y perfecta. Y este dolor es tanto más acerbo que el dolor físico del cuerpo, cuanto es más una, más simple é interna la vida del corazón y del amor que la del cuerpo, considerado en su sensibilidad física. Cuando se hiere el amor en el objeto amado, se tiende á separar el corazón amante de sí mismo, de su propia vida, que es el amor. El amor recibe su forma, su ser y todo cuanto es del objeto amado, porque el amor no es otra cosa que una inclinación, una coaptación ó amoldamiento al objeto amado. Destruid, pues, el objeto amado, y destruís el amor; herid el objeto amado, y herís la vida intima del corazón.

De aquí se desprende la grandeza del sacrificio que se exige á María para cooperar á nuestra redención. Jesucristo va á ofrecer por los hombres el sacrificio de su vida corporal, y María va á ofrecer por los mismos la vida íntima de su propio Corazón. "Cristo y la Virgen,—dice Arnoldo Carnotense (1),—ofrecieron á Dios en la cruz un mismo holocausto; Cristo en la sangre de la carne, y la Virgen en la sangre del Corazón." Una sola era la víctima ofrecida en dos altares, en el pecho de María y en el pecho de Cristo, porque el mismo Señor, que entero y visiblemente se sacrificaba en el ara de la cruz, se sacrificaba entero é invisiblemente en su imagen viva y acabada, el Corazón de su ternísima Madre. *O mira res*, — exclama San Buenaventura (2), — *totus*

(1) *De Laud. Virg.*, t. I Biblioth. SS. Patr.
(2) *Stim. amor*, p. I cap. IV.

Christus crucifixus est in internis visceribus tuis! Tan delineados estaban en el Corazón de la Madre los tormentos del Hijo, que no había herida en el cuerpo de Jesús que no estuviera también en el Corazón de María. *Quot laesiones in corpore Christi, tot vulnera in Corde Mariae* (1). Aquel Corazón materno, y el más tierno y sensible entre los corazones de madre, hacía triste eco á los golpes y heridas que Jesucristo recibía en su sagrado cuerpo. *Nullum ictum recipiebat Christi corpus cui non tristis echo responderet in Corde Matris* (2). Así el Corazón de María fué hecho espejo vivo de la pasión de Jesús. *Speculum passionis Cor Virginis effectum est* (3).

Y aún añade San Bernardo una gran diferencia entre las penas de Jesús y los dolores de María, porque las llagas que en Jesucristo están esparcidas por todo el cuerpo, en María el amor materno las reune y estampa todas en el Corazón. *Singula vulnera per ejus corpus dispersa in uno Corde sunt unita* (4). Esta perfecta harmonía, esta reciprocidad y admirable consonancia entre los tormentos del Hijo y los

(1) S. Hieronym. apud Marchese, 3 Junio. La misma idea y casi con las mismas palabras se contiene en un himno del siglo XV, *De compassione B. M. V. ad laudes,* dado recientemente á luz por vez primera por el P. Guido María Dreses en su *Liturgische Hymnen des Mittlalters,* obra impresa en Lipsia en 1888. La idea está contenida en estos dos últimos versos de la quinta estrofa:

Quae Filius in corpore — Sustinet Mater in Corde.

(2) Arnoldo Carnotense, Biblioth. Patr., t. I.

(3) San Lorenzo Justiniano, *Tractat. amor.*, cap. X.

(4) San Bernardo, *De lamentatione B. M. V.* Esta obra se cree ser apócrifa.

dolores de la Madre la explicó San Gregorio Niseno por una bella semejanza. Si se acuerdan bien dos cítaras entre sí, basta tocar una para que sus sonidos, tan sólo por la simpática vibración del aire, se reproduzcan exactamente en la otra. "Tal es, — dice este santo, — la misteriosa consonancia y harmonía dolorosa con que los padecimientos del Hijo se reproducen en el Corazón de la Madre. *Jesu dolente dolebat et Mater. Erant duae citharae, quarum una sonante sonat altera vel nullo pulsante.*"

Nada diré de las causas y circunstancias que aumentaban hasta hacer incomprensible este dolor: libros enteros, poemas hermosísimos, patéticos discursos se han publicado sobre este asunto, y son tantos los autores que han ido á mojar sus plumas en el torrente doloroso del Corazón de María, que apenas hay escritor mariano que no deje entrever las lágrimas de sus ojos y los suspiros compasivos de su corazón por los dolores de nuestra común Madre. Sólo diré que los dolores que merecieron á María el título de Corredentora son inseparables de la idea de Corazón; de suerte que, no sólo la filosofía que hace del Corazón asiento de las pasiones, mas aun el común lenguaje de los Santos Padres y escritores eclesiásticos, declara á maravilla que la Madre de Dios, por los padecimientos de su Corazón inmaculado, fué hecha Corredentora de los hombres.

De otro principio muy común procede también esta consecuencia. La misericordia de María para con los hombres fué ciertamente una de las causas

principales que motivaron su consentimiento al sacrificio de su divino Hijo por la salvación del mundo, y que le mereció por lo mismo el título de nuestra Corredentora. Y es así que la misericordia, según dicho de San Agustín, no es otra cosa que el sentimiento de la miseria ajena allá en lo íntimo del corazón, un eco sensible en la parte más delicada de nuestro ser del dolor que aflige á nuestro prójimo, una reproducción noble y exquisita de los padecimientos ajenos en el órgano más apreciado de la sensibilidad interna, que haciéndonos aprender como propias las miserias de nuestros hermanos, nos obliga á remediarlas en lo posible. *Alienae miseriae in corde nostro compassio, qua utique, si possimus, subvenire compellimur*. Síguese, por lo tanto, que el Corazón de María es fuente y manantial de todas sus misericordias, y entre ellas de aquella especialísimamente con que ofreció á Dios por nuestro remedio el cruento sacrificio del Calvario.

***

Hora es ya de que nos acerquemos á estudiar el principio de nuestra adopción, lo que propiamente nos hizo hijos de María.

Distínguense comúnmente en la adopción tres cosas: el principio, el término y el fin. El principio de la adopción es el amor, el término la criatura racional, y el fin el derecho á la herencia. En la adopción divina de los hombres el fin es la herencia del cielo, y en la humana de María, la seguridad de esta misma

herencia. El principio es uno mismo: el amor de los hombres. El amor, efectivamente, es el que obliga á los hombres á adoptar á alguno por hijo. Ámase á los hijos naturales como á partes del propio ser, como á continuadores y perpetuadores de la propia existencia, y principalmente como á imágenes vivas de la propia naturaleza.

Este consuelo que los padres tienen en los hijos al sentirse rejuvenecer en la sangre de la prole, y contemplar en ellos su naturaleza estampada y llena de nueva vida, contribuye en gran manera á sobrellevar las cargas del matrimonio. De aquí el amargo llanto que en todos tiempos se ha hecho á la esterilidad, y más aún á la prematura muerte de los hijos. El amor paterno no descansa sin un hijo; falta un angelical encanto en la familia sin sucesión; la esposa no puede acariciar entre sus brazos al hijo de sus entrañas; el esposo no puede complacerse en ver crecer junto á sí un hermoso vástago que perpetúe felizmente su familia.

Para remediar de algún modo esta desolación, para suplir este defecto tan sensible y doloroso, se introdujo la filiación adoptiva. Por natural instinto, por cierta necesidad del amor conyugal que tiende al amor paterno, los padres que habían perdido prematuramente á sus hijos, ó los esposos que se hallaban sin esperanza de sucesión, volvieron sus ojos amorosos al extraño; y á los que más se les allegaban, ora por natural parentesco, ora por la semejanza en la virtud y en las demás cualidades, comenzaron á mi-

rarlos con afecto paterno y á tenerlos en lugar de hijos. Las leyes civiles reconocieron este natural desahogo del amor paterno y dieron valor jurídico al razonable deseo de los cónyuges.

De este natural origen de la filiación adoptiva resulta que toda ella está basada en el amor, á diferencia de la filiación natural. En ésta, el amor paterno sigue á la filiación como el efecto á la causa; en aquélla, al contrario, el afecto paterno precede á la filiación como la causa al efecto. La filiación natural es de algún modo necesaria en cuanto que no sigue directamente la voluntad de los cónyuges, sino el orden natural de la generación; la adoptiva, por lo contrario, es esencialmente libre, como libre es el amor de donde procede, ó sea el afecto paternal que la constituye.

Otro origen, aunque menos frecuente entre los hombres, suele tener la filiación adoptiva. A veces el corazón compasivo de un esposo, de una esposa que llora á su consorte ya difunto, la ternura y generosidad de dos cónyuges sin sucesión, hacen que éstos dirijan una mirada compasiva al niño desamparado, huérfano de padre y madre y que no tiene otra recomendación que su miseria. Es acaso una noble viuda que, compadecida del triste estado de ese pobre niño, lo mira con afecto maternal y empieza desde luego á considerarlo como á hijo de sus entrañas. Ved, pues, cómo la compasión ha obrado en la filiación adoptiva. Sin embargo, no fué la compasión lo que formalmente hizo á aquel desgraciado hijo suyo adoptivo, por-

que podía muy bien compadecerse y no adoptarlo por verdadero hijo; en aquella mirada amorosa, mirada de madre, iba incluída la adopción; de suerte que desde aquel mismo instante se establece entre aquella mujer y aquel niño la tierna y mutua relación de madre é hijo.

De este primer y esencial principio de la adopción se deduce que los hombres somos hijos de María por el amor materno que esta Señora nos profesa, Más aún: si examinamos el origen de este mismo amor, hallaremos no ser otro que la compasión y misericordia. Nada teníamos, nosotros miserables, que la obligase á amarnos y á considerarnos como á hijos, como nada teníamos para que Dios, con este mismo afecto paternal, nos mirara desde lo alto de los cielos. Dios se compadeció de los hombres y nos amó como Padre; María, imitando la misericordia divina, sintió la misma ternura hacia nosotros y nos amó como Madre. Una misma misericordia concebida en Dios é imitada en María, dió ocasión á nuestra filiación adoptiva como hijos de Dios y como hijos de la Virgen.

Pero antes de que la misericordia obrase su efecto, se había de realizar un gran sacrificio para la reparación del género humano. Sin esta reparación de la Justicia divina, Dios no podía mirar con ojos paternales á los hombres, ni María podía amarnos con afecto de Madre. El sacrificio se llevó á cabo; el Padre dió á su propio Hijo según la naturaleza divina, y la Madre entregó á este mismo Hijo, también suyo